

Ga-Foll. 215-19

Ga.Foll.
215-19



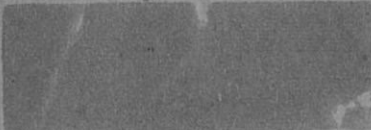
Ca. - Foll. 215-19

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00231425

ROMANCERO DE LUGO.



R. 135.004

FOLLETIN DE «LA IDEA MODERNA.»

EDUARDO NÚÑEZ SARMIENTO.



ROMANCIERO DE LUGO,

PREMIADO CON ACCÉSIT
EN EL CERTAMEN LITERARIO CELEBRADO EN ESTA CAPITAL

EL 6 DE OCTUBRE DE 1891

POR LA ASOCIACIÓN DE ESCRITORES Y ARTISTAS.



LEMA:

Y Lugo, amedrentado ,al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.
(Herrera.)

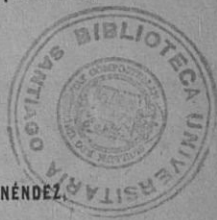


LUGO:

IMP. Y ENCUAD. DE JUAN A. MENÉNDEZ,
salle de la Reina, 3.

1891.

Sult.





DEDICATORIA.

Sr. D. Romualdo Acevedo Rivero.

Muy Sr. mio: Me permito ofrecer á V, la dedicatoria de mi Romancero de Lugo su nombre dará mérito y valor á trabajo tan insignificante. Y al aceptarla, honrará por extremo al que, sin conocerle personalmente, aprovecha gustosísimo esta oportunidad para demostrarle la consideración y aprecio que usted le inspira.

B. S. M.,

Eduardo Nuñez Sarmiento.

La Coruña, Noviembre de 1891.



ILUSTRACIONES

Haremos el extracto de lo que de Lugo aparece escrito en los bosquejos, que, algunos aficionados, mejor que historiadores, han hecho relativos á la gloriosa historia de tan importante ciudad, para que se vea y examine la fiel reproducción que, de ellos, hacemos.

Un bosque céltico, en donde tribus de este pueblo guerrero adoraban á aquel Dios que no podían concebir, según la expresión de un autor contemporáneo, debió ser el origen de Lugo.

El respeto á los bosques sagrados, á que llamó Virgilio, *Lucus silentes*, y Ovidio, *Lucus sanctus*, hacían que fuesen mirados como de buen agüero para establecer en ellos ciudades. De aquí, que cuando Augusto consiguió sujetar á sus dominios la

antigua Hispania, bien existiese ya Lugo, como algunos pretenden, siendo la capital de los *cæforos*, ó estuviese enteramente despoblado, allí se establecieron los veteranos legionarios; y ya respetando su antigua importancia, ya por la posición que ocupaba, bien pronto lo elevó Augusto á la categoría de capital de convento jurídico, que con su nombre llegaba, en tiempo de Plinio, hasta el río *Naviluvión*, agregándosele posteriormente gran parte del territorio de Oviedo, según comprueba Masdeu con las inscripciones que cita. Hasta Celenis llegaba por Oeste, y numerosos eran los pueblos que, según Plinio y Ptolomeo, pertenecían á este convento. Lugo, durante la dominación romana, tuvo una gran importancia, como nos lo atestiguan varias lápidas, fustes de columnas, restos de estatuas, algún ídolo de bronce, su magnífica muralla de 2.546 metros romanos ó varas ordinarias de circuito, de 12 á 16 de altura y de 6 á 7 de ancho, con 85 torreones semicirculares y almenados, grandioso muro que rodea la ciudad en un estado de conservación admirable; y el célebre mosaico de la calle de Batitales. Duran-

te la invasión de los suevos, la célebre *Lucus Augusti*, sufrió por los años de 460 horrible saqueo y destructor incendio, que la redujo casi á ruinas. Sin embargo, restaurada, bien pronto fué declarada su silla episcopal, sufragada ó sufraganea de la de Braga; y el Concilio celebrado en el año de 559 la erigió en Metropolitana, con cuyo carácter, según se cree, continuó hasta el pontificado de Calixto II, durante el cual, como afirma Zapata, consiguió el Emperador D. Alonso, llevar á Santiago las preeminencias de metrópoli que hasta entonces había gozado Lugo. En los primeros años del siglo XIII, las huestes sarracenas esparcen dentro de su recinto el terror que por todas partes difundían, y corrompido su nombre en el de *Lek* fué una de las principales ciudades que compusieron la provincia de Mérida en la división hecha por Insuf. La denominación del galletío y la dominación musulmana son, sin embargo, honrosa la primera y breve la segunda. Alfonso el Católico la libra del poder sarraceno, en 755, y repone en su silla al obispo Oddario, celoso pastor, que llevado en rehenes á Africa, alcanzó la libertad

acaso por rescate del Rey, y que dejó escrita curiosa relación de sus padecimientos y del estado en que la ciudad se encontraba. Nuevas falanges musulmicas penetran en el territorio lucense por los años 791, que apoderándose del castillo de Santa Cristina, á las órdenes de Mohamet, bien pronto se vieron rechazados victoriosamente por el monarca Alfonso el Casto. Poderoso apoyo presta la ciudad de Augusto en 842 á Ramiro, para rechazar la usurpación del Conde Nepociano; y más tarde, en 969, penetran dentro de sus murallas los normandos que tenían que abandonarlas en breve. Nuevo saqueo sufre de las terribles huestes de Almanzor en su retirada de Santiago; y desde esta época apenas vuelve á encontrarse hecho notable en los anales de Lugo, hasta la muerte de don Alfonso IX, en que aparece como una de las principales ciudades fieles á Fernando III, durante las disensiones producidas por la ambición de Sancha y Dulcia. Sojuzgada por el poderoso influjo de los Benaventes, en 1483, fué una de las ciudades que tomaron parte en los alborotos que ocasionaron aquellos magnates y el Con-

destable de Castilla; y tanto que, á pesar de los esfuerzos de D. Fernando de Acuña, tuvo el Rey en persona que venir, al frente de poderosos ejércitos, para rendirla, como, al fin, lo pudo conseguir. Hasta los primeros años de nuestro siglo, vuelve á guardar silencio la historia, al escribir los anales de Lugo, para registrar en 1809 la triste invasión francesa, que el marqués de la Romana intentó rechazar: y en el período de la última guerra de sucesión las diferentes acometidas de las tropas carlistas, siempre derrotadas por los valerosos lucenses, Vereá y Aguiar y Rada y Delgado.

La ciudad de Lugo, fué la famosa *Lucus Augusti*, capital del convento jurídico de este nombre, que abrazaba casi toda la extensión de la Galicia actual. De la época romana se han encontrado estatuas, fustes de columnas, lápidas conmemorativas y columnas miliarias; pero el monumento romano más importante que se conserva en la ciudad es el mosaico de la calle de Batitales, de que hemos hecho mención. Los suevos saquearon é incendiaron la

ciudad, fijando más tarde la corte en ella. Destruída también casi totalmente por los musulmanes, de quienes la tomó el rey don Alfonso I, no fué reedificada y repoblada hasta el siglo X, á fines del cual entraron en ella los normandos. Con ocasión de hallarse D. Alfonso VI ocupado en la reconquista de Toledo, el conde D. Rodrigo Ovézquiz entró en Lugo, mató al merino y posesionóse de la ciudad. El mismo rey, después de haber rescatado la imperial ciudad castellana, vino á Lugo, en cuyo recinto no consiguió penetrar sino á viva fuerza. Durante los siglos XII, XIII y XIV, los vecinos de Lugo, lucharon porfiadamente por emanciparse del señorío del Obispo, produciéndose con este motivo continuados desasosiegos y revueltas. Ora persiguen al merino, que era canónigo de la iglesia, y le dan muerte en la catedral; ora apedrean y roban al obispo y sus familiares; ya reconocen por señores á algunos nobles de la ciudad, ya acatan el privilegio de Fernando II en que se ordena que cuantos residan en Lugo, aunque sean individuos de la familia real, estén sujetos á la jurisdicción del Obispo. Acudía éste al

rey para hacer que sus derechos fuesen amparados por la autoridad del monarca, y acudían también los lucenses á exponer sus quejas. Las cosas agriáronse, de suerte que el rey Alfonso XI condenó á muerte al Obispo D. Juan, por haber mandado matar, en su palacio, al apoderado del Concejo: sentencia que no llegó á cumplirse. Finalmente, estas discordias entre el vecindario y la mitra alcanzan hasta los comienzos del siglo XV, en que un Obispo, llamado D. Lope, muere á manos de los amotinados lucenses. Era Lugo, á mediados del siglo XIV, la ciudad de Galicia mejor fortificada; así, se defendió el célebre D. Fernando de Castro del inútil asedio de dos meses, que le puso el pretendiente D. Enrique. Un siglo después de este suceso, y cuando ardía en toda la región la guerra civil, suscitada por las rivalidades ó los caprichos de los señores, se vió la ciudad de Lugo acometida por la hueste de Luis López de Peña, que tomó el castillo, y poco despues sufrió el asedio que le puso Fernando de Acuña, por mandado de los Reyes Católicos, así como el que seguidamente sostuvo el conde de Lemos. En el año de 1640, cuando

la escuadra francesa, mandada por el Arzobispo de Burdeos, se presentó en la Coruña, el animoso Obispo de Lugo, D. Juan Vélez de Valdivieso corrió al socorro de la ciudad vecina, con cuantas gentes pudo reunir, tanto de eclesiásticos como de seglares. Durante la guerra de la independencia, ocupó á Lugo un numeroso cuerpo de ejército francés. Bloqueada la ciudad por el que mandaba D. Nicolas Mahy (en ausencia del marqués de la Romana), hubiera sido rescatada, á pesar de la resistencia que oponían sus robustas defensas, si no hubiera habido necesidad de levantar el asedio, á la aproximación del ejército de Soult. De las partidas carlistas que en la guerra civil de los siete años se levantaron en la provincia de Lugo, nada debemos decir. Quien ame á esta noble tierra, hará borrar de la historia la vergonzosa página de crímenes y horrores cometidos en nombre de la religión. ¡Así pudieran borrarse también las terribles huellas que han dejado en estas hermosas comarcas!... En 1846, pronuncióse en esta ciudad el segundo batallón de Zamora, y el de Gijón, comenzando aquí aquel levantamiento

casi general de Galicia que terminó con la bárbara hecatombe de Carral. La ciudad de Lugo sufrió con aquel motivo un bloqueo de tres días, durante los que cayeron en la plaza 40 granadas y algunas balas rasas. En 1859, abrumados los campesinos de las inmediaciones por el excesivo impuesto territorial, vinieron á la población en actitud hostil y cometieron algunos desmanes. La fuerza del ejército acudió á contenerlos, y de la lucha resultaron algunos muertos y heridos por una y otra parte.—X.

¡Mentira parece que un historiador como Murguía no se ocupe, con detalles, de ciudad tan importante!

ROMANCERO

I

Águila real! gira en torno
de la nube cenicienta
ya que en pos de lo insondable
tus rápidas alas llevas.
No; no detengas el paso;
y en medio de esta carrera,
que tus graznidos veloces
las capas nocturnas hiendan.
En espiral surca el ether,
cual navecilla ligera
que rompiendo en los escollos
del mar las ondas aquieta.
Vente luego!... No interrumpas
tu vuelo, hasta que te vean
los descendiente de Harsis,
los nómadas de Galletia.
Busca el lubre en las umbrías
dó las montañas se elevan
como si fuesen del valle
las arrogantes almenas;
ante el mover de tus alas
tiemble la gigante peña
y del firmamento azul

rásguese el manto de niebla,
y deje ver lo pasado,
claro, distinto, en la hoguera
que, aún oculta entre cenizas
candente lava fermenta.
No escondas ya por mas tiempo
la clara y brillante estrella
que en el cielo de la historia
con débil luz se contempla;
cámbiese en volcán ardiente,
ahuyéntense las tinieblas,
y para cantar los hechos
de esta infortunada tierra...
¡no haya sombras en el mundo!...
¡luz tan solo el orbe sea!...
Ah! cuando al zénit subiendo
llevan la gualda bandera
sobre los robustos hombros
tus hijos, que al cielo llegan,
en eterna luz, el mundo
brota cascadas de perlas,
cambiantes de oro, y los rayos
del sol, en su transparencia,
al adversario deslumbran,
dando al émulo sus fuerzas
para gritar con más bríos
sobre el dolmen en la selva
«¡Honor, al lubre más grande
de los lubres de Galletia!»

Aquí en un punto del mundo,
dó se halla el fin de la tierra,
mirado en el Ara Solis

que frente al mar se contempla;
aquí dó el salvaje habita,
aquí dó el grito resuena
que el viento lleva en sus ondas
hasta estrellarlo en la sierra;
aquí, donde el pueblo indígena
ni el sustento merodea,
y tras la vida del paria
ve deslizar su existencia;
aquí, dó el monte es gigante
y es reducida la selva,
y tiene el valle mil flores,
é incultas se hallan las vegas;
aquí, dó el río murmura,
deslizándose entre piedras,
y al cielo con sus brillantes
bajo sus ondas refleja;
aquí, dó no hay opresiones,
dó la libertad impera,
y los corazones hierven
al grito de independencia;
aquí, vése de aquel lubre
la encantadora arboleda
¡que es del lubre más gigante
de los lubres de Galletia!
No revientan los cañones,
ni rechinan las cureñas,
ni de la pólvora el humo
en las nubes se condensa;
no hay tambores que delaten
la servil marcha á la Gleba,
ni clarines sonoros
que raudos los aires hiendan.

Aquí, solo un grito se oye,
solo una flauta resuena,
mientras al sagrado dólmen
la humana víctima llega;
aquí, en el umbroso bosque,
y en la inclinada ladera,
y en el altivo picacho,
y en la agigantada sierra,
y en el valladar sombrío,
y en la reducida selva,
y en el verdegueante soto,
solo aquel grito se eleva,
que si los ecos devuelven
lo va envolviendo en sus hebras
la brisa sutil y rápida
que en lontananza se estrella.
Y, este grito quejumbroso,
potente al principio suena,
va trasponiendo los montes,
va rompiéndose en las peñas;
y cuando en las lejanías
se pierde, es ya una queja
que en lo infinito se extingue
y que á más lejos no llega...
Es el grito del selvícola
aquella expresión soberbia
«¡Honor al lubre más grande
de los lubres de Galletia!»

Aquí mírase tan solo
y en resplandores envuelta
del indomable selvícola
la deslumbrante silueta;

aquí el gérmen de lo humano
aún apenas se presenta
con la distinción que imprime
á este ser la inteligencia;
aquí las artes son nulas,
las industrias están muertas,
es el comercio una sombra
y es otra sombra la ciencia;
aquí, al fin, nada se mira,
aquí, al fin, nada se encuentra,
¡qué es el hombre de los bosques
feto de la edad moderna!...
Y, aqueste lubre gigante
es habitación del celta,
¡qué es tan benigna esta parte
diminuta de la Hesperia,
que, por no haber nada, no hay
tampoco en sus luccus fieras,
no siendo fieras humanas,
hombres solo en apariencia,
¡embrión de una semilla
que se ha sembrado entre piedras
y que jamás fructifica!
¡símbolo de la miseria!...
¡Allí están!... Suben al monte
con sus pertrechos de guerra,
con su formidable maza
que es de duro cuarzo hecha;
comienzan allí sus cantos,
luego en el bosque se internan,
y en su lenguaje votivo,
de monosílabos lengua,
elevan al Dios que ignoran

sus preces, que allá resuenan
en el silencio espantoso
que junto al dólmen se observa.
El humo llena el espacio,
y al resplandor de la hoguera
el sacerdote drúida
sus plegarias menudea,
en tanto rápido brama
el alud sobre la sierra,
ocultando en sus entrañas
las expresiones aquellas:
«¡Honor, al lubre más grande
de los lubres de Galletia!»

II

Lupus llaman á este lubre
sin que de los lupus sea
ni de otras más alimañas
guarida ni madriguera;
y es que de frondoso el nombre
en verdad le conviniera
sino ocultase en su umbría
la augusta efigie del celta.

Invade el pueblo fenicio
los dominios de la Hesperia;
mas, aunque avanza y avanza
al Lupus celta no llega;
el bravo alción de Cartago
por el meridián penetra,
y entonces ya llama Lucus
al Lupus que ha poco fuera;
la fortuna, sus designios
torciendo con mano adversa,
tampoco le ha permitido
llegar hasta el Lucus celta;
y en tanto la valerosa
é ilustrada nación griega
regenerando al selvícola
en nuestro Lucus se interna;

las páginas de su paso
válas grabando en las peñas.
que nosotros vemos hoy
como antiquísimas huellas
de una audaz generación
que germinaba en la ciencia.
Ya no la víctima humana
al sagrado dólmen llega,
que hay víctimas en los bosques,
y hay víctimas en las selvas,
sin que el sér privilegiado
que tiene Naturaleza
en sacrificio nefando
como irracional perezca.
Ya la barbarie va huyendo
al resplandor de la hoguera;
ya en nuestro Lucus se miran
cántigos, zambras y fiestas;
que si el fenicio de nuevo
nuevas pesquisas intenta,
es solo con el objeto
de ver con lo que comercia;
reniega de sus doctrinas
y de sus manes reniega,
que la oposición es grande
y capitula por fuerza;
ya se mezclan ambas razas,
ya los fenicios se mezclan
en sus zambras con los druidas,
en sus cantos con los celtas,
con los griegos en sus danzrs
huyendo de sus primeras
infructuosas tentativas

que á la postre, no progresan.
Ni los auspicios de un Cadmo,
ven en el ataque afrenta,
que hay tras los peñascos hombres
y tras los hombres hay fieras
y tras las fieras hay bloques
que á impulsos del furor ruedan,
sepultando en la llanura
las huestes más turbulentas
que de la Siria abortadas
á Galletia venir puedan.
Aún resuena el grito aquel
que repercuten las peñas:
«¡Honor al lubre más grande
de los lubres de Galletia!»

¡Paso al juglar! Ya el romano
se aproxima y nos increpa,
ya se conmueven los luccus
bajo las plantas de un César;
ya se extinguen las cenizas
de aquella nefanda hoguera
y el sacerdote del drüida
ante sus recuerdos tiembla;
ya el vencedor de Cartago
tremebundo en nuestras puertas
con puño invencible y fuerte,
la fuerte aldaba maneja;
ya aquel intrépido Augusto
mojado del Limia llega,
de Bayona á los herminios
rechaza con rabia fiera,
del Atlante por las costas

los extermina y dispersa,
llega á la antigua Brigantium,
á los lares sacros llega,
después del Medulio ser
el Gólgota de su afrenta;
aquí abandona sus naves
y se dirige por tierra
al baluarte invencible,
al gach central de los celtas,
quizá, al lubre más gigante
de los lubres de Galletia.
Ya, sobre el dólmen sagrado
y en nuestro Lucus, la enseña
de sus tropas enarbola
que al viento luego flamea;
ya la extensión que domina
con ojo avizor observa,
y aquel proyecto gigante
que á sus mientes se presenta,
va diseminando casas,
va talando la arboleda;
y sobre la sangre inerme
que allí derramara el celta,
y sobre el augusto templo
de una religión soberbia,
y sobre aquella ignorancia,
y sobre aquellas creencias,
y sobre aquellos sudarios
y aquellas desdichas negras,
y sobre aquellas costumbres
y aquella obediencia ciega,
y aquellos gritos salvajes.
y aquellos montes de piedra,

levántase una ciudad
augusta como altanera.
Fuertes muros la circundan
grandes fuertes la rodean,
muros y fuertes que no
hallan rival en la tierra;
la llaman Lucus Augusti,
Lucus de Augusto, por fuerza,
dado el corazón valiente
de aquél, llamarse debiera.
Este, fué Lucus de Octavio,
la capital de Galletia,
el gran convento jurídico,
la matrona de la Hesperia;
la que dejando su clámide
allá en lo pasado envuelta,
á la lucha se aprestaba
con la victoria por lema;
la que arrogante á los cuatro
vientos daba su bandera
inscribiendo en sus crespones
este, ó idéntico dilema:
«¡Nunca halló Lucus Augusti
quien en ventaja le fuera!»

III

De Batitales la calle
romano mosaico ostenta,
de aquellos tiempos recuerdo,
de nuestras glorias emblema.
Bajo su pié, sepultadas
las libertades se encuentran,
con las columnas miliarias
y las esculturas pétreas;
y en sus torres de granito,
y en su murada soberbia
que incrustaciones de pórfido
y brillantes merecieran,
de la heráldica los signos
fijan sus ingentes huellas;
¡rastros de una edad pasada
y admiración de otra nueva!
Allí, el borroso vestigio
se mira del pueblo celta
que aún del sacrificio infando
tibias cenizas humean.
Allí, se ha muerto una raza,
allí otra raza se espera...
¡que ya iluminan los aires
las fatuas llamas de un Etna!

Allí, el romano parece
como el celta pareciera,
allí, todo se derrumba
de otro pueblo á la presencia;
el resplandor del incendio
valla á sus rayos no encuentra,
y aquella Lucus Augusti
vuelve á ser tremenda hoguera.
¡esqueleto del derecho
derribado por la fuerza!
Sí; que al vestíbulo llama
la bárbara raza sueva
y para cumplir sus fines
es preciso demolerla;
el saqueo es necesario;
que tiene por ley suprema
como entrada el exterminio
como salida una almena,
donde el cuerpo del latino
sirva de blanco y bandera.
Sí; que el orgullo del suevo
siquiera el polvo desea
de los pueblos que conquista
de las razas que domeña;
mas, al fin, hace justicia
al gach central de los celtas,
la ciudad reedificando
en los puntos que cayera
bajo el peso del incendio
y en el polvo de la afrenta.
Vuelve á ondular el pendón,
aunque en actitud siniestra,
sobre la erguida murada,

y en la pista y en la brecha;
la paz vuelve á los hogares,
y en tanto la calma reina
vuelve á ser *Lucus Augusti*
la capital de Galletia.

Mas, la vida de los pueblos
agitada y turbulenta
nunca de paz octaviana
pudo declararse émula,
¡que á donde llegan sus armas
su dicha y su nombre llegan!
El musulmán se aproxima,
y del Genil á las puertas
libra extruendosa batalla;
la sangre española riega
de la audaz Vandalucia
las feracísimas vegas.
Del Guadalete las aguas
ya marchan sanguinolentas,
como si de un Conde artero
quizá de un Obispo hiena,
fuesen, símil de venganzas
fuesen, rastreras afrentas.
De nuestra historia borrarse
con tinta gualda debieran
los nombres de aquellos *Grandes*
¡grandes, sí, grandes!... la lengua
no se atreve á pronunciar
el nombre aquel, sin vergüenza...
Ya el muslim, de nuestra *Espannia*,
rápido se enseñorea,
ya cruge la cimitarra,

silba la fugaz ballesta,
se ve invadido el alcázar,
y alzada sobre su almena
la media luna se engríe;
mas... ¡es media luna muerta,
que los rayos de otro sol
ni tibiamente refleja!...
¡La cruz de la Redención,
símbolo de la epopeya
que en la cumbre del Calvario
se ha consumado, crüenta!...
¡¡bajo las infames plantas
de las razas mahométicas!!
¡¡abominables principios
de una abominable empresa!!
Allá vienen; ¡cómo avanzan
y encarámanse á la sierra!
¡ya llegan, Lucus Augusti,
Lucus Augusti, despierta!...
Mas, no; duerme... ya tus casas
vuelven á caer por tierra,
ya avanza despavorida
la compacta masa sueva...
¡Ya no eres Lucus Augusti!
¡eres ciudad agarena!...
Ah!, luego vendrá el rescate,
luego tus cuitas supremas
ante la punta fulmínea
huirán de una espada regia.

Ve las huestes castellanas
que la goda sangre alienta;
ve al sucesor de Pelayo,

no al sucesor de Fruela,
con la cruz en su estandarte,
con el lanzón en su diestra;
ve, aquel Alfonso primero
que de Católico lleva
el augusto sobrenombre
como escudo de sus fuerzas.

Ya baja por la montaña,
ya en tus recintos penetra,
ya tiemblan los musulmanes,
ya libre la plaza dejan...
Luego Alfonso se retira...

Mas, de este paso se observa
solo un montón de ruinas;
allá, envuelto entre la niebla
como un fantasma se mira
el mosaico, que se eleva,
arrogante, incorruptible;
como el bravo centinela
que mira tranquilamente,
y audaz alza su cabeza
sobre el cuerpo de la lucha,
¡informe montón de piedra!
aquí, á sus plantas, la muerte
y allá, lejos la humareda
que el vencedor campamento
al trono de su Dios lleva.

Y, esta figura arrogante
algo oculto nos revela;
la lechuza que la habita
algo nos dice en sus quejas
¡qué digno de respeto es

quien el invasor respeta!
¿Volverá Lucus Augusti
á ser, lo que ha poco fuera?
¡Quien sabe! pues el destino
nuevas luchas le reserva.

El siglo diez va á extinguirse,
á Lugo, el normando llega,
somete á sus habitantes
que entonces muy pocos eran;
levanta aquellos escombros
y forma dá con presteza
á multitud de edificios
chozas, barracas y cuevas.
La tirantez con los hijos
del nuevo pueblo no emplea,
que es muy cortés el normando
como puede serlo el celta,
y pues que el trato romano
limado ha sus asperezas.
Reciente está su llegada
y la hermandad es un lema.

• • • • •
Hallábase Alfonso sexto
con toda su comitiva
reconquistando á Toledo,
que cayera bajo el yugo
del poderío agareno.
El Conde Rodrigo Ovequiz
entra en el galaico pueblo,
y de su débil corona
hacer un trono queriendo,
lleva hasta Lugo sus huestes,

y como un vil ó un pechero
la daga acerada lanza
del merino sobre el pecho.
Este, al bote, se desploma,
rueda por el ancho suelo
salpicando de su sangre
las losas del pavimento,
¡del Conde, deja en el rostro
del hombre homicida el sello,
que habían de borrar más tarde
las huestes de Alfonso el sexto,
dando á la ciudad sus dones
y muerte al aventurero!
De la población se tiene
como el absoluto dueño,
que es D. Rodrigo ambicioso
y la ambición es su reino,
aumenta las alcabalas
é impone nuevos derechos,
germen de otras demasías,
nuncio de un maldito feudo!
Mas, duerme, Ovequiz, tranquilo...
¡no ha de ser por mucho tiempo!
que ya tremola en Castilla
el pendón del pueblo ibero
y, no será del Califa
jamás, la imperial Toledo.
Duerme tranquilo, reposa,
duerme Conde, que ya el Cielo
su benevolencia agota,
y amenazador, tremendo,
se revuelve contra tí

y abate tu orgullo necio;
duerme! que quizás despiertes
sabe Dios en que aposento!

Ya están de Alfonso las huestes
camino del cementerio,
que es sinónimo del lubre
que habitaron los galletios;
cementerio, para Ovequiz,
para el castellano pueblo
mejor es el Capitolio
que el honor levanta al genio.
Toda la plaza invadida
se halla en sepulcral silencio,
solo el paso del vijía
y el grito del balletero
van á estrellarse en el muro
que les sirve de sustento,
mientras las cuevas devuelven,
aquel sonido en sus ecos,
Por fin el Dios de la guerra
tiende sus crespones negros,
se traba la enorme lucha,
brotan chispas los aceros,
ruedan brazos y cabezas;
y aquel infernal estruendo,
ya se aleja, se aproxima,
va, viene, jira al momento,
ensordece, se agiganta,
se aumenta aquí... Y en lo horrendo
del combate, una bandera
suelta sus pliegues al viento,
sobre la fuerte murada

y el almenaje soberbio.
La bandera es de Castilla
que confía, desde lejos,
y al aire la gritería
que repercuten los ecos:
«¡Baldón, al infame Ovequiz!»
«¡Gloria á D. Alfonso el sexto!»

IV

¿Hay algún obispo en Lugo?
Sí; el que lucha con la plebe,
es decir, con los vasallos
que le han fijado sus reyes.
¿Qué es el Señor? Débil ráfaga
de una cosa que se muere
cuando entre el género humano
clases viles se establecen;
porque el señorío, en donde,
mora el bárbaro deleite,
el átomo imperceptible
como cuerpo infecto hiede.....

• • • • •
Por eso bregando el pueblo
por defender sus derechos
lucha por emanciparse
de aquel asqueroso feudo;
por eso brama convulso;
por eso lucha, y por eso
en continuadas revueltas,
perenne desasosiego,
desobedece al obispo
declarándole odio eterno.

Y, cansado de sufrir,
como el huracán opreso
que rompe las fuertes vallas
de ominoso cautiverio,
y tala las arboledas,
y ruge en su impulso fiero
como un desierto de leones
poblado, todos hambrientos,
así las cadenas rotas
viendo el oprimido pueblo,
lánzase en pos del merino
y en sus ímpetus severos
sin respetar los cordones,
las borlas ni los manteos,
ni mirar que era Canónigo,
ni fijarse en sacrilegios,
la turba avanza y avanza
de Dios hasta el sacro templo,
encontrando allí al merino,
¡langosta de sus derechos!
que á impulso de un solo golpe,
horripilante y certero
en espiación de sus culpas
ante el altar cae muerto,
besando, aunque no de vivo,
hoy las sandalias del pueblo.

El palacio del obispo
y de todos sus adeptos
siendo está objeto de robos
y de escandalosos hechos:
si no hay piedras en las calles,
hay pizarra en los aleros,

si una hiena en el obispo,
corazón de tigre en ellos.
Así que van divorciándose
del poder de Iglesia y clero
elijiendo otras personas
bajo el nombre de Concejo,
para envidia de merinos
y regocijo de opresos.
Ya de Fernando segundo
acatan el privilegio
que ordena á los habitantes
de este valeroso pueblo,
aunque hijos sean en grado
de los monarcas del reino,
sean á la jurisdicción
del obispo asaz de afectos.
Ya se agitan nuevamente,
ya están nuevamente inquietos
que al rey acude el obispo
y al monarca acude el pueblo,
éste para vindicarse,
para vengarse el primero;
si la mitra apoyo impetra
el pueblo impetra derechos
y otros dones y franquicias
que se le usurpan sin medros
por los que le tiranizan
entre plegarias y rezos.
La hecatombe se prepara,
que en Lugo hay muchos don Sueros
y justo es que el pueblo rey
venga á ser de reyes pueblo,
que si villano le nombran,

la villanía no es feudo,
que es villano el opresor
y noble el pueblo liberto.
Así que á D. Juan condena
(obispo por aquel tiempo)
de muerte al grave suplicio
el rey, D. Alfonso onceno,
por haber muerto en palacio
á un letrado del Concejo.
Esta sentencia fué inválida
por ser un obispo el reo
y ser la víctima, un
representante del pueblo.
Finalmente, estas discordias
entre el vecindario oprimido
y la mitra, alcanzan hasta
del siglo quince el comienzo,
y hasta que un D. Lope, obispo,
y como todos soberbio,
padece muerte afrentosa
á mano de los pecheros.
Del siglo décimo cuarto
á mitad, ó poco menos,
era Lugo la mejor
fortificación del reino.
De la España los destinos
se asumía el rey D. Pedro;
que en el trono de la Hispania
de este nombre era el primero.
Si unos le apellidan Justo,
otros, quizá descontentos,
le apellidan de cruel
sin llamarle justiciero.

Enrique de Trastamara
animoso al par que diestro,
quizás impulsado por
Fernando de Andrade (El Bueno)
aunque era hermano bastardo
á D. Pedro puso pleito
y le declaró la guerra
ambicioso de gobierno.
Seguían al pretendiente
solo el caudillo gallego
y otros nobles castellanos
mercenarios más que adeptos;
y en cambio al rey de Castilla
al inflexible D. Pedro,
defendíanle los Castros
con su proverbial denuedo,
sus riquezas, sus vasallos
y su corazón de acero.
Después de mil correrías
llegan al pueblo gallego
las huestes del pretendiente;
y quien no conoció el miedo,
aquel Fernando de Castro,
aquel gigante soberbio
que en las calles de Coimbra
diera ejemplar escarmiento
de un Alfonso á los lebreles,
de un Alfonso rey, sin cetro,
cuyos favoritos eran
la pesadilla del pueblo;
sin embargo, la nobleza
de Alvarez y de Coellos,
Pintos rapaces y Odonés

y afortunados Pachecos
solo en el nombre se hallaba
¡jamás se hallaba en los hechos!...
aquel, que de Men Rodríguez
de tenorio, con su aliento
hacía vibrar la lira
y hacía bramar su plectro;
aquel hermano de Inés,
aquel ídolo del pueblo,
aquel que nunca luchara
con falaz aventurero,
porque era Fernando Castro
y á más de Castro, gallego,
del pretendiente atrevido
en Lugo estaba al acecho,
determinado á vencer,
no á capitular dispuesto;
pues, que nunca capitula
quien pronuncia un juramento
ante el gran rey de Castilla,
ante D. Pedro el primero.
Al fin D. Enrique llega,
quizá que un tigre más fiero,
y rodeando las murallas
á Lugo pone en asedio;
loca presunción, y loco
y no meditado intento,
porque estando un Castro en Lugo,
¡está un D. Guzmán el bueno!
y si buenos tiene Enrique,
mejores tiene D. Pedro.
Después de sesenta días
háse levantado el cerco

por haberse convencido
el cercador de su empeño,
que solo oprobio y vergüenza
le redituaba en feudo;
pues, que invencible el lucense
se presentaba altanero,
de aquella turba famélica
conmiseración teniendo.
Viveres ya le faltaban
al contrario campamento,
y el retiro era forzoso
inútil siendo el acuerdo
soñado por D. Enrique
y adulado por su pueblo,
mejor dicho por los nobles
de D. Pedro descontentos.

Ya se retiró el bastardo
para poner en proyecto
la tragedia que fin tuvo
allá en el campo manchego;
ya se retiró el bastardo,
para en sus lares dar crédito,
de los grandes y los chicos
y la nobleza, al consejo;
ya el enjaulado leopardo
sus trabas rompe y su freno
¡que no hay jaulas ni opresiones
para el hombre aventurero,
á quien la fortuna y dolo
acarician al intento!
Ya á Montiel se dirige,
ya bullen en su cerebro

tras la vergüenza de Lugo
de la nobleza el consejo;
á la tienda del monarca
camina con su escudero,
y después, de las palabras
pronto se pasó á los hechos;
trábase horrible combate,
mano á mano, cuerpo á cuerpo,
interviene Duguesclín
y el monarca rueda al suelo
¡y es de Trastamara Enrique
el Caín de nuestro tiempo!
¡y es Duguesclín el caudillo
que actúa de Cirineo!..
¡y es la víctima un monarca
que hace allí de Nazareno!
¡y es el Gólgota una tienda,
siendo la tierra el madero
y el lanzón del fratricida
clámide, corona y... cetro!
¡¡que España da al asesino
siempre los mejores puestos
y encarcela al inocente
y nunca es de reyes pueblo!!

V

Ya un siglo pasó!... Galicia
en sus laureles durmiera
el sueño tranquilo y grato
que los disturbios engendran,
porque épocas tumultuosas
requieren tranquilas épocas.
Cuando en la región ardía
la más formidable guerra,
porque las rivalidades
dieran pábulo á la tea
de la discordia, que ardía
en toda la región sueva,
«y los caprichos hacían
una pira de la hoguera»
y los señores se alzaban
só la muchedumbre aquella,
Lugo vióse acometido
por un tal López de Peña
que en pocos, muy pocos días
del Castillo se apodera
como también en muy pocos
días, el Castillo deja.

Después, Fernando de Acuña
la ciudad de Augusto asedia
porque los Reyes Católicos,
los Fernandos é Isabelas
querían de esta ciudad
hacerse dueños ó dueñas,
(porque en esto las historias
no se hallan en connivencia.)
Vino después el de Lemos
que también á Lugo asedia,
y aunque Lugo no hace caso
porque conoce las tretas
«de estos eximios marinos;
de estos marinos en tierra»
que aunque son hombres guerreros
con el lucense no llegan,
ni hacen mientes del asedio
porque es ya costumbre vieja.
Así, que los sitiadores
muy pronto dejan la brecha
y se marchan á otra parte
con su orgullo y con sus fuerzas.
¡Negro borrón arrojado
sobre la historia gallega
por los Acuñas y Lemos
y por los López de Peña,
que siendo los tres gallegos
no respetan á su tierra!!
Sí; ¡baldón abominable!
que hasta el extraño condena
por la ambición que atesora,
por la tan negra obediencia,
que hiriendo á la madre propia

satisfácese á una Reina,
con sangre de los hermanos
derramada en lucha acerba.
No la conquista autoriza
lo que la conciencia aleja
que no hay conquista posible
para la humana conciencia;
mas si el obediente avanza
por sendero en el cual yerra,
de mercader el dictado,
no un título de nobleza,
debiera darle la historia;
pues, quien á su madre increpa
y pretende acuchillarla
no es un hijo, es una hiena!

Por fin, llegamos al año
de mil seiscientos cuarenta,
y á las playas brigantinas
llega la escuadra francesa
que mandaba el arzobispo
de Burdeos; en sus banderas
míranse las vivas tintas
de las águilas del Sena,
que parecen reanimarse
sobre mástiles y vergas,
confundiendo sus graznidos
en medio á la mar inmensa
con el que está en la bitácora
y el canto del centinela.
Arde en España el incendio
de una venganza suprema
y mares de sangre oscilan

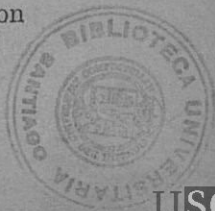
entre Trafalgar y Peñas;
las playas de la Brigantium
por esto se hallan desiertas,
pues que el brigantino nunca
por el enemigo espera,
avanzando á darle caza
antes de manchar sus puertas.
Allá junto al Prioriño
las naves surtas observan
de Brigantium la murada,
y en ella ve, por almenas
mil figuras arrogantes,
¡no, mil figuras! atletas
que van á cortar las alas
á las águilas francesas;
mil distinguidos caudillos
que en apostura siniestra
esperando al invasor
ya braman con la impaciencia
de verle pronto, muy pronto,
y saltar como panteras
sobre las galas palomas...
como el gavilán que ahuyende
de su nido á los reptiles
que vuelan á su presencia.
Mientras esto aquí sucede,
en la insigne Lugo apresta
Juan Velez de Valdivieso
obispo de aquella iglesia,
ejército formidable,
todo de gente guerrera
para venir, de Brigantium,
luego la fraternal defensa,

¡Noble proceder de un pueblo
grande como la grandeza
que si el francés atrevido
de nuestras costas no huyera
la historia registraría
la hecatombe más soberbia,
¡que no hay quien pueda vencer
la unión de druidas y celtas!
¡Gracias Lugo! No germinan
en tus cátedras espléndidas
más que blancas siemprevivas,
más que encantadas perpetuas,
que á la frente de tus hijos
ciñendo con mano trémula
van, los adiptos á Marte
y los hijos de Minerva;
¡que á dó llegaron tus armas
también llegarán tus letras!

Viene la tan formidable
guerra de la Independencia,
las turbas napoleónicas
en nuestro Lugo penetran;
cien mil hombres, son los que
á nuestra Galicia llegan;
veinte mil son los que marchan.
¿en dónde los otros quedan?...
¡Conteste el puente San Payo,
y de Vigo las riberas,
contesten de «Humilladoiro»
las umbrosas arboledas,
contesten las feracísimas
campiñas de Pontevedra,

y otras mil y mil llanuras
y otras montañas soberbias...
Y, tú, corazón gallego
contesta también ¡contesta!
que la hermosísima Lugo
está esperando la respuesta,
pues ve ocupadas sus plazas
por las águilas francesas!
Quince mil hombres! ¡Dios santo!
en esta ciudad gallega,
de sangre y furor beodos
nuevos ataques esperan.
Ya D. Nicolás de Mahy
de «la Romana» en ausencia
se aproxima á la ciudad
cual un nuevo Augusto César;
ya el rescate se aproxima
cuando á la ciudad bloquea,
apesar, la gran murada
y las robustas defensas;
mas, el destino cruel
le hace divisar las fuerzas
que en favor de los sitiados,
y como aquellos francesas,
al mando de Soult, caudillo
que en Galia se distinguiera,
avanzaban; del marqués,
van replegándose á fuera
las uniformadas huestes,
y situándose en la brecha
van las falanjes de Soult
de baldón y polvo llenas.
Mas, luego la convulsión

se ha convertido en tormenta,
luego el león español
ha encrespado su melena,
luego alzando la bisanna
el descendiente del celta,
con el gavilán, convulso,
que la alimaña encadena,
se lanza al campo y se lanzan
con él las huestes aquellas;
y el mar de sangre que había
entre Trafalgar y Peñas,
evaporándose va
y en laguna cenicienta
va sus linfas ocultando
porque el cielo, mar y tierra
del gallego ante la planta
se agitan, rasgan y tiemblan.
Aquel pueblo, que insultado
por meridional caterva
esperaba la ocasión
rotunda, viril, certera,
de dar el golpe de gracia
de dar la lección suprema,
esperó que el combustible
se apilase, y que la hoguera
que á encender iban, al punto
fuese asombro de la Hesperia.
Así la pólvora junta
y la bomba con la mecha,
del ascua ardiente al contacto
reventó; como una flecha
á las Galias se escaparon
los invasores; la niebla



en pelotones ceñíase;
á las castellanas sierras;
en tanto un sol esplendente
de mil argentadas hebras
sus cambiantes reflejaba
sobre la patria gallega.
¡Sol redentor! hilos de oro
tejes en nobles diademas,
fúlgidas como tus rayos,
cual tus cambiantes diversas,
y grabas allá en las nubes
en deslumbradoras letras
esta inscripción, que hoy atónitas
generaciones observan!
«Gloria al gallego que vence
del rey del mundo á las fuerzas
y con voz de trueno grita
—Patria, Amor, Independencia;—
gloria al gallego, que al galo
de sus campiñas aleja;
honor al león dormido
y que rápido despierta
y que aniquila al momento
quien su sueño interrumpiera;
honra al gallego leopardo
que hasta las nubes ahuyenta
cuando sus armas se chocan
ó enarbolan sus banderas;
¡gloria, honor, patria orgullosa!
¡lo que hoy encierras, encierra!
lo invencible, está en tus hijos!
¡lo glorioso está en tu esencia!...
¡un cementerio en tus muros!

¡la opresión en tu existencia!
¡el desprecio en tus hermanos...
¡¡Maldito quien tanto espera!!...

.....
Cuando las huestes carlistas
en los siete años de guerra
civil, fueron el escándalo
y horror de nuestro planeta;
cuando mil nefandos crímenes
el sentimiento sublevan
por escudarse, atrevidos,
tras las divinas creencias,
de doctrina sacrosanta,
de una religión excelsa;
cuando en arma de venganza
se tomaban de la Iglesia
los ornamentos sagrados
del cielo mismo en afrenta;
cuando el sacerdote iba
con el puñal en la diestra
en el pecho el egoismo
y la Moral á la izquierda;
cuando el dios Marte sonríe
y la Europa se avergüenza
y la Religión de Cristo
ciñe su túnica negra,
un lienzo de las murallas
de nuestra ciudad gallega
en un montón de ruinas,
en informe polvareda,
desplómase hasta su base
y en horrible estruendo rueda.
Mas, construyámosla luego

y hagamos su *puerta nueva*
levantemos allí un fuerte
y demos fuerza á la fuerza,
situemos allí cañones
que dejen ver las troneras,
y dejemos del carlismo
por Cristo, la historia aquella;
sobre los pasados años
opaco velo se tienda
¡que es vergonzoso el martirio
que nace de la vergüenza!
No observemos los horrores
de las seglares contiendas
que no hay palabras en el
comercio de las ideas
para decir si el seglar,
ó en su defecto la Iglesia,
obraron como es debido
y el honor patrio aconseja.
Huyamos, huyamos luego,
porque este ambiente envenena
dejemos estas edades,
demos á estos tiempos tierra,
¡cese de escribir la pluma,
pare en su curso la lengua!

.
El año cuarenta y seis
hánse pronunciado en Lugo
de Gijón y de Zamora
dos batallones; y al punto,
sucedíose un movimiento
convulsivo, tremebundo,
cual si toda la Galicia

encontrase infame yugo.
¡En Carral fué la hecatombe!
¡la muerte ha quedado impune!
¡y hay de Velasco y Solís
quien aún alienta? importunos.
Recordad el movimiento,
que siendo iniciado en Lugo,
fué maina brisa primero,
después, fué sordo murmullo,
y más tarde, el huracán
que desquiciaba convulso
de las feraces campiñas
de Suevia, los productos
¡cuán desgarrador el cuadro!
¡cuán doloroso el asunto!
Sí; con tres días de asedio
y bloqueo furibundo
¡más de cuarenta granadas
reventando sobre Lugo!
muchísimas balas rasas!..
las alas del infortunio
presagiaban al moverse
aquellos días de luto.
¡La venganza, no ha venido!
¡El crimen está insepulto!

El cincuenta y nueve llega
y con él llega altanero
el campesino de Lugo
para vindicar sus fueros.
La fuerza armada, al instante
viene para contenerlos;
la contribución es mucha

y está incomodado el pueblo;
para él no hay vallas posibles
ni fuerzas en el ejército.
La lucha trábese al punto,
el paisano no es guerrero,
más aún lleva en sus arterias
quizá el primitivo fuego.
Por aquí, silbando el plomo;
allí, la bisarma al viento
y en *sis-zás* los aires hiende...
allá... amortiguado el eco.
Al fin, la turba dispersa
huye del lucense pueblo
y el campo de la batalla
queda de sangre cubierto,
de heridos por ambas partes
que dan su postrer lamento
á las brisas quejumbrosas,
allá, de hombres macilentos,
allí, de seres que lloran
y á nuestras plantas... ¡de muertos!

Lector: si alegre el destino
hacia Castilla te lleva
y encuentras una ciudad,
aquí en la gallega tierra,
que alza dos gigantes torres,
y una muralla soberbia,
que, cual diadema de plata
la acaricia y la rodea;
si ves, por casualidad,
la huella ingente del celta
en sus varias cercanías,
y si de pasada observas
del fenicio los vestigios
ó bien las ruinas suevas,
la ilustración del normando
ó las señales de un César;
si ves allí la arrogancia
en blanca clámide envuelta
y de cien batallas rastros

inextinguibles encuentras;
si ves que de allí te hablan
sin doblez y con franqueza,
bájate del tren y grita:
«¡Gracias! oh! Patria gallega»
«¡Aquí está *Lucus Augusti!*»
«¡Aquí está la nación Sueva!»

.



M. 291741

USC

UNIVERSITY OF
SOUTHERN CALIFORNIA
LIBRARY



USC

UNIVERSITY OF
SOUTHERN CALIFORNIA
LIBRARY